

OBRAS DE

SHAKSPEARE

VERSION CASTELLANA DE

JAIME CLARK

HAMLET

LAS ALEGRES COMADRES DE WINDSOR

MADRID

MEDINA Y NAVARRO, EDITORES

Calle del Rubio, núm 25

HAMLET

PRÍNCIPE DE DINAMARCA.

PERSONAJES.

CLAUDIO, *rey de Dinamarca.*

HAMLET, *hijo del rey difunto y sobrino del actual.*

POLONIO, *mayordomo mayor.*

HORACIO, *amigo de Hamlet.*

LAERTES, *hijo de Polonio.*

VOLTIMAND,

CORNELIO,

ROSENKRANZ,

GUILDENSTERN,

OSRICO,

UN CABALLERO,

UN CLÉRIGO.

MARCELO,

BERNARDO,

FRANCISCO, *soldado.*

REINALDO, *criado de Polonio.*

CÓMICOS.

DOS SEPULTUREROS.

FORTIMBRÁS, *príncipe de Noruega.*

UN CAPITAN.

EMBAJADORES INGLESES.

GERTRUDIS, *reina de Dinamarca y madre de Hamlet.*

OFELIA, *hija de Polonio.*

Nobles, damas, oficiales, soldados, marineros, mensajeros y acompañamientos.

La sombra del padre de Hamlet.

ESCENA: Dinamarca.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Helsingor.—Una esplanada delante del castillo.

FRANCISCO *de centinela.* Sale BERNARDO.

BERN. ¡Quién va?

FRAN. ¡No! respondedme á mi. Teneos,
Y descubrios.

BERN. ¡Vive el rey!

FRAN. ¿Bernardo?

BERN. El mismo soy.

FRAN. Puntual á tu hora acudes.

BERN. Las doce han dado. Al lecho vé, Francisco.

FRAN. ¡Gracias por el relevo! El frio es crudo,
Y desfallezco.

BERN. ¿Qué tal guardia hiciste?

FRAN. Ni un raton se ha movido.

BERN. Buenas noches.

Si acaso tropezaras con Marcelo

Y Horacio, compañeros de mi guardia,

Diles que se den prisa.

FRAN. Creo oirles.

¡Teneos! ¡Quién va?

Salen HORACIO y MARCELO.

HOR. Amigos de este suelo.
 MAR. Y del Danés vasallos.
 FRAN. Buenas noches.
 MAR. ¡Guerrero honrado, adiós! ¿Quién te releva?
 FRAN. Bernardo el puesto ocupa. Dios os guarde.
 (Vase.)
 MAR. ¡Hola, Bernardo!
 BERN. ¿Te acompaña Horacio?
 HOR. Un trozo de él.
 BERN. Horacio, bien venido.
 Bien venido, Marcelo.
 MAR. ¿Aquella cosa
 Ha vuelto á aparecer?
 BER. No he visto nada.
 MAR. Que es ilusion no más, Horacio dice
 Dar fe no quiere á la vision horrenda
 Que vimos por dos veces. Le he rogado,
 Por tanto, que velando con nosotros
 Pase las largas horas de la noche,
 A fin de que si torna aquel espectro
 Abone nuestra vista y pueda hablarle.
 HOR. ¡Bah! no aparecerá.
 BERN. Siéntate un rato,
 Y deja que sitiemos tus oídos,
 Tan pertrechados contra nuestro aserto,
 Contando lo que vimos ya dos noches.
 HOR. Sentémonos, y cuéntelo Bernardo.
 BERN. Anoche mismo, cuando aquel lucero,
 Que ves allá del polo hácia Occidente,
 Su curso recorriendo, iluminaba
 El firmamento donde brilla ahora,
 Marcelo y yo, dando el reloj la una...

Sale la SOMBRA.

MAR. ¡Calla! suspende el cuento: ved do torna.
 BERN. En todo parecido al rey difunto.

MAR. Tú eres letrado: habla con él, Horacio.
 BERN. ¿No se parece al rey? Notadlo Horacio.
 HOR. Igual; me hiela de terror y asombro.
 BERN. Quisiera que le hablaran.
 MAR. Habla, Horacio.
 HOR. ¿Quién eres, tú que usurpas de esa suerte
 Esta hora de la noche y ese hermoso
 Guerrero aspecto en que hubo un tiempo an-
 [duvo
 La muerta majestad de Dinamarca?
 ¡Por el Eterno te conjuro que hables!
 MAR. Está enojado.
 BERN. Ved, se aleja altivo.
 HOR. ¡Detente, y habla! ¡Te conjuro que hables!
 (Vase la sombra.)
 MAR. Se fué sin contestar.
 BERN. ¿Qué tal, Horacio?
 Temblando estás y pálido. ¿Y es esto
 No más que fantasia? ¿Qué os parece?
 HOR. Juro ante Dios que nunca lo creyera,
 A no apoyarlo el testimonio firme,
 Tangible y cierto de mis propios ojos.
 MAR. ¿No se parece al rey?
 HOR. Cual tú á ti mismo.
 Tal era la armadura que llevaba
 Cuando luchó con el Noruego altivo;
 Tal ceño puso cuando airado un día
 En plática enojosa del trineo
 Derribió sobre el hielo á los polacos.
 Es singular.
 MAR. Dos veces de ese modo,
 A esta hora sepulcral precisamente,
 Con actitud marcial pasó delante
 De nuestra guardia.
 HOR. Cómo interpretarlo
 No sé; mas se me antoja desde luego
 Que amaga á nuestro Estado algun trastorno.
 MAR. Venid, sentaos, y diga quien lo sepa:

¿Por qué esta exacta y vigilante guardia
 Noche tras noche al súbdito del suelo
 Fatiga así? ¿A qué de día en día
 Este fundir de bélicos cañones,
 Y compra de pertrechos extranjeros?
 ¿A qué esta leva, en fin, de calafates,
 Cuya tarea amarga no separa
 El día de trabajo del festivo?
 ¿Qué hay para que estas prisas afanosas
 Truequen la noche en auxiliar del día?
 ¿Quién me podrá informar?

Hor. Yo puedo hacerlo,

O por lo ménos esto se susurra.
 Nuestro último monarca, cuya efigie
 Ahora mismo se mostró á nosotros,
 A singular combate fué retado
 Por Fortimbrás, monarca de Noruega,
 Estimulado por celosa envidia.
 En cuya lid nuestro Hamlet valeroso
 (Por tal le tuvo al ménos esta parte
 Del mundo conocido) fiera muerte
 Dió á Fortimbrás; quien por sellado pacto,
 Ratificado por la ley y el fuero
 De la caballería, con su vida
 Cedia al vencedor las tierras todas
 Que poseyese; nuestro rey, en cambio,
 En prenda dió su parte equivalente,
 Que á Fortimbrás tocara, si en la lucha
 Quedase vencedor; cual cupo en suerte,
 Segun el mismo pacto y condiciones
 Del arreglo comun, el suyo á Hamlet.
 Hoy, pues, el jóven Fortimbrás, henchido
 De indómito coraje y necio arrojo,
 Aquí y allá en las lindes de Noruega,
 Ha logrado enganchar por pan y costas
 A un bando de resueltos foragidos,
 Para una empresa que requiere audacia.
 La cual no es otra (como con acierto

Deduce nuestro Estado) que el recobro,
 A mano armada y con violento ataque,
 De susodichas tierras, de esa suerte
 Perdidas por su padre: y pienso que esto.
 Sea el motivo primordial de tantos
 Preparativos, causa de esta guardia,
 Y principal razon de esta premura,
 Tragin y movimiento en nuestra tierra.
 BERN. Tal debe ser, sin duda; y bien se explica
 Que acuda armado á perturbar la guardia
 Esta horrenda vision, tan semejante
 Al rey que fué y es causa de estas guerras.
 Hor. Mota es que ofusca el ojo de la mente.
 Estando Roma altiva en su apogeo,
 Poco ántes que cayese el magno César,
 Sin huéspedes las tumbas se quedaron,
 Y en sus mortajas iban los difuntos
 Gimiendo y sollozando por las calles.
 Hubo portentos mil de infausto agüero:
 Astros con colas de encendida llama,
 Lluvias de sangre, y en el sol desastres,
 Y el húmedo planeta á cuyo influjo
 Sujeto está el imperio de Nereo,
 De eclipse enfermo oscureció su rostro
 Como del juicio en el tremendo día.
 Y tales signos de hórridos sucesos,
 Cual nuncios precursores del destino,
 Y prólogo de próximos desastres,
 Juntos manifestaron cielo y tierra
 A nuestros horizontes y paisanos.
 ¡Pero silencio! ¡Ved, oh, ved do torna!

Vuelve á salir la SOMBRA.

He de atajarle aun cuando me aniquile.
 ¡Deten, vision! si tienes voz ó acento,
 Háblame tú; si hubiese alguna noble
 Accion que hacer, que á tí reposo y honra

A mí pudiera dar, háblame, ¡oh, habla!
 Si del destino de tu patria acaso
 Eres consabidor, y precaverlo
 Pueda la prevision, háblame, ¡oh, habla!
 O si tal vez en vida amontonaste
 Tesoros mal logrados en el seno
 De la alma tierra, causa, según dicen,
 De que fantasmas como tú vagando
 Vayan en brazos de la muerte, ¡oh, habla!
 ¡Detente, y habla!—Páralo, Marcelo.

MAR. ¡Daréle con mi lanza? (Canta el gallo.)

HOR. Dale firme

Si no se para.

BERN. ¡Aquí está!

HOR. ¡Aquí!

MAR. Se ha ido.

(Vase la sombra.)

Siendo tan majestuoso le ultrajamos
 Con ofrecerle alarde de violencia,
 Pues es invulnerable como el aire,
 Y nuestros vanos golpes mofa aleve.

BERN. De hablar á punto estaba, y cantó el gallo.

HOR. Y estremeciése como sér culpable

A horrenda citacion. Decir he oido
 Que el gallo, que de trompa al alba sirve,
 Despierta con su voz aguda y clara
 Al dios del dia, y á su ronco aviso,
 Esté ya en mar ó en tierra, en aire ó fuego,
 Huye el espectro errante y vagabundo
 A su region. Y que hay verdad en esto
 Acaba de probarnos esta sombra.

MAR. Mústio á la voz del gallo se deshizo.

Algunos dicen que al llegar la fecha
 En que del Redentor el nacimiento
 Se suele celebrar, pasa cantando
 La noche entera el ave de la aurora.
 Y diz que entónces no osa sombra alguna
 Salir errante: sanas son las noches;

Ningun planeta ofende, ningun hada
 Logra encantar, ni hechiza bruja alguna;
 Tan sacra es la sazón, de gracia llena.

HOR. Tal me dijeron, y lo creo en parte.

Mas ved do el alba en burdo manto envuelto
 Del alto cerro aquel huella el rocío.

Rindamos nuestra guardia; y yo propongo

Que hagamos sabedor al jóven Hamlet

De cuanto en esta noche presenciamos.

Pues, por mi vida, que esta sombra, muda

Para nosotros, le hablará de fijo.

¡Estais de acuerdo en que le demos parte,

Cual manda amor, y cumple á nuestro celo?

MAR. Hagamos eso, os ruego; yo sé dónde

Habrá lugar de hablarle esta mañana. (Vanse.)

ESCENA II.

Sala de recibimiento del castillo.

*Salen el REY, la REINA, HAMLET, POLONIO, LAERTES,
 VOLTIMAND, CORNELIO, NOBLES y acompañamiento.*

REY. Aun cuando de Hamlet, nuestro caro her-
 [mano,

Verde el recuerdo de la muerte sea,
 Y nos cumpliera hundir el alma en duelo,
 Y á nuestro reino todo contraerse
 En solo un ceño de dolor, con todo,
 Tanto luchó criterio con natura,
 Que en él pensamos con sesuda pena,
 Sin olvidarnos de nosotros mismos.
 Por tanto, á nuestra reina, hermana un tiempo,
 La excelsa viuda y heredera de este
 Guerrero Estado, con vencido gozo,
 Con ojos á la par de risa y llanto,
 Con regocijo fúnebre y endechas
 Mezcladas con el canto de Himeneo,

Con peso igual midiendo duelo y dicha,
 Tomamos por consorte. En esto en nada
 Vuestro mejor criterio contrariamos
 Que libre lo aprobó. Por todo, gracias.
 Según sabeis, teniendo en menosprecio
 El joven Fortimbrás nuestra valía,
 O pensando tal vez que la reciente
 Muerte de nuestro hermano muy querido
 Sacó de quicio y dislocó el Estado,
 Y estimulado por el dulce sueño
 De su provecho propio, con mensajes
 De importunarnos necio no ha dejado,
 Restitucion pidiendo de las tierras
 Perdidas por su padre, y legalmente
 Adjudicadas al valiente hermano.
 Mas basta de él: vengamos á nosotros
 Ahora, y al objeto de esta junta.
 El caso es como sigue. En esta carta
 Pedimos al monarca de Noruega,
 Tío de Fortimbrás, quien en el lecho
 Postrado yace, y poco ó nada sabe
 Del atrevido plan de su sobrino,
 Que le impida avanzar por esa senda,
 Ya que las levas y armamentos todos
 En sus dominios se hacen. A vosotros
 Cornelio y Voltimand, cual portadores
 De nuestro fiel saludo despachamos
 Al anciano monarca de Noruega,
 Sin concederos más poder privado
 Para tratar con él, que el que os otorga
 El texto del despacho. Dios os guarde.
 Y vuestra prisa abone vuestro celo.

COR. y VOLT. Prueba daremos de ello en esto y
 [todo.]

REV. No lo dudamos. Idos en buen hora.

(Váanse Voltimand y Cornelio.)

¿Y tú, Laërtes, di, qué solicitas?
 De una merced hablaste. ¿Qué es, Laërtes?

Hablar no puedes al Danés, de cosa
 Que esté en razon sin que él tu voz escuche.
 ¿Qué puedes tú pedir que yo benigno,
 Antes que tú lo pidas no te ofrezca?
 No son más allegados alma y seso,
 Más servicial al labio no es la mano,
 Que el rey de Dinamarca al padre tuyo.
 ¿Laërtes, qué pretendes?

LAER. Tu licencia
 Para volver á Francia, oh rey temido.
 Vine de allí con gusto á Dinamarca
 A cumplir mi deber cual buen vasallo
 En tu coronacion. Confieso, empero,
 Cumplido aquel deber, que á Francia tienden
 Mis pensamientos y deseos todos,
 Siempre sujetos á tu real permiso.

REV. ¿Lo otorga el padre? ¿Qué decis, Polonio?

POL. Señor, á fuerza de obstinados ruegos
 Logré arrancarme mi tardía vènia:
 Por complacer á su deseo ardiente,
 Al fin el sello al duro asenso puse.
 Dadle para partir licencia, os ruego.

REV. Hora propicia elige, buen Laërtes:
 El tiempo es tuyo; gástalo á tu antojo.
 ¿Qué dices, Hamlet, deudo é hijo mio?

HAM. (Aparte.) Un poco más que deudo, amigo apenas.

REV. ¿Cómo es que empañan nubes aún tu frente?
 HAM. No tal, Alteza; al sol harto me expongo.

REINA. Hamlet querido, el negro luto arroja,
 Y como amigo á Dinamarca mira.
 No busques siempre el párpado abatido
 Al noble padre en el terreno polvo.
 Que es ley comun no ignoras; cuanto vive
 Por fuerza ha de morir, pasando todo
 Por lo terreno á la morada eterna.

HAM. Es ley comun, señora.

REINA. ¿Pues entónces,
 A tí por qué tan singular parece?

HAM. ¿Parece? Es; no sé lo que es «parece.»
 No es sólo el negro manto, buena madre,
 Ni el traje al uso de solemne luto,
 Ni el ronco resollar de ahogado aliento,
 Ni de los ojos el fecundo río,
 Ni el contristado gesto del semblante,
 Junto con todos los modales, usos
 Y formas del dolor, los que revelan
 Fielmente mi sentir: éstos... parecen;
 Son actos que fingir pudiera el hombre.
 Hay algo más en mí que la apariencia;
 Estas las galas son de mi dolencia.

REV. Tierno y laudable es, Hamlet; el tributo
 Que rindes de tu padre á la memoria.
 Mas piensa que perdió tu padre á un padre,
 Y aquel al suyo. Al sér que sobrevive
 Filial ternura obliga por un tiempo
 A hacer alarde de obsequioso luto;
 Mas porfiar en obstinada queja
 Es proceder con terquedad impía,
 Es sentimiento indigno de hombre fuerte,
 Revela inclinacion rebelde al cielo,
 Y flaco corazon, alma impaciente,
 Falta de discrecion y de experiencia.
 Lo que sabemos que ha de ser por fuerza,
 Y es más comun que el más vulgar suceso
 Que á todas horas los sentidos hiere,
 ¿A qué con enojosa resistencia
 Tomarlo á pecho? ¡Calla! es negro crimen
 Contra el poder divino, es una falta
 Contra los mismos muertos y natura,
 Y es á la ley de la razon absurdo,
 Cuyo tema comun no es otro que este:
 La muerte de los padres, cuyo acento
 Siempre gritó, desde el primer cadáver
 Hasta el que acaba de morir: «Es fuerza
 Que sea así.» Modera, pues, te ruego
 Tu inútil lloro; acuérdate que tienes

En mí á un padre. Pues bien sabe el mundo
 Que eres el más cercano á nuestro trono,
 Y que te trato con igual cariño
 Que al hijo amado el padre más afecto.
 En cuanto á regresar á tus estudios
 En Witemberg, segun intentas, Hamlet,
 Nada hay más encontrado á mi deseo:
 Ruégote por favor que aquí te quedes
 Al blando amor de mis benignos ojos,
 Cual mi primer valido, deudo é hijo.

REINA. Rogar no dejes á tu madre en vano:
 Quédate con nosotros, te lo ruego,
 Hamlet querido; á Witemberg no vayas.

HAM. En todo trataré, señora y madre,
 De obedecerte lo mejor que pueda.

REV. ¡Dulce y cortés respuesta! En Dinamarca
 Sé cual yo mismo. Ven, consorte. De Hamlet
 La amable y espontánea deferencia
 Risueña y grata el corazon me anima: -
 De cuya accion en honra, ronca salva
 Pregonará á las nubes cada brándis
 Que hoy beba Dinamarca, y su alegría
 Divulgarán los cielos, eco haciendo
 Al trueno terrenal. Venid; partamos.

(Váanse todos ménos Hamlet.)

HAM. ¡Oh! ¡si esta carne, por demas maciza,
 Pudiera deshelarse, derretirse,
 Y disolverse en líquido rocío!
 ¡O no dictara nunca el sempiterno
 Suley contra el suicidio! ¡Oh, Dios! ¡cuán rancias
 Cuán tristes, sin provecho y enfadosas
 Hallo las cosas todas de este mundo!
 ¡Vergüenza! ¡Horror! Es como huerto inculto
 Que grana por do quier; nociva yerba
 Tan sólo brota en él. ¡Que llegue á esto!
 ¡A los dos meses de morir!... ¡Dos meses?
 No, no hace tanto. ¡Un rey tan bueno y noble!
 A quien el que hoy impera se parece

Como un sátiro á Apolo; esposo tierno,
Siempre tan cariñoso con mi madre,
Que nunca consintió que su mejilla
Rozase crudo el soplo de los cielos.
¡Y he de acordarme de ello! ¡Cielo y tierra!
¡Pendiente de sus labios, parecía
Que acrecentaba el goce su deseo!
Y un mes despues... No quiero recordarlo.
¡Quien te nombró, mujer, flaqueza dijo!
¡Un breve mes! aún nuevos los zapatos
Con que siguió los restos de mi padre,
En llanto como Niobe deshecha...
Ella, ella misma... ¡Ay Dios! ¡más se doliera
Un torpe bruto de razon exento!
¡Casada con mi tío, de mi padre
Con el hermano! ¡ay! ménos parecido
Al padre aquel que yo al forzudo Alcides.
¡En sólo un mes! Aún húmedos sus ojos
Y enrojados por su inicuo llanto,
Casóse infiel. ¡Oh pérdida premura!
¡Precipitarse en tálamo incestuoso
Con tal arrojo! Nunca accion tan torpe
En bien podrá acabar. Mas, pecho, estalla,
Ya que es forzoso que mi lengua calle.

Salen HORACIO, MARCELO y BERNARDO.

HOR. ¡Salve, señor!

HAM. Me alegra el verte bueno,
Horacio, ó de mí mismo ya me olvido.

HOR. El mismo, Alteza, y siervo tuyo humilde.

HAM. Mi buen amigo, y dame tú tal nombre.

¡Cómo de Witemberg ausente, Horacio?

¡Marcelo?

MAR. A vuestras órdenes, Alteza.

HAM. Me alegra mucho el verte. (A Bernardo.) Bue-
[nas tardes.

¡Mas qué haces tú de Witemberg ausente?

HOR. Cierta afcion á holgar, príncipe mio.

HAM. Tal no me diga tu mayor contrario;

Ni harás á mis oídos tal violencia

Que presten fe jamás á los informes

Que dieres en desdoro de ti mismo.

Tú no eres holgazán; ¡pues qué negocio

Te traje á Helsingor? Antes que partas

Te ensañaremos á beber, y largo.

HOR. Vine á ver el entierro de tu padre.

HAM. Te ruego, camarada, no te burlés;

Seria á ver la boda de mi madre.

HOR. A fe, señor que le siguió de cerca.

HAM. ¡Horacio, parsimonia, parsimonia!

Fiambres sirvieron en la boda viandas

Que del banquete funeral sobraron.

¡Quisiera haberme hallado allá en el cielo

Con mi enemigo más odiado y crudo,

Antes que ver el día aquel, Horacio!

¡Mi padre!... pienso que á mi padre veo.

HOR. ¿Dónde, señor?

HAM. Aquí en mi fantasía.

HOR. Vile una vez; era un gran rey tu padre.

HAM. ¡Ay, era un hombre tan cabal en todo

Que ya no espero ver su semejante!

HOR. Alteza, creo que le he visto anoche.

HAM. ¿Le viste? ¿á quién?

HOR. Señor, al rey tu padre.

HAM. ¿Al rey mi padre?

HOR. Calma un breve rato

Tu asombro con prestarme atento oído,

Mientras te cuento, con el firme apoyo

De estos hidalgos, maravilla tanta.

HAM. Por el amor de Dios, dejad que lo oiga

HOR. Dos noches sucesivas, los hidalgos

Marcelo aquí y Bernardo, haciendo guardia,

En la quietud más honda de la noche,

Tuvieron tal encuentro. Adusta sombra,

En todo parecida al rey tu padre,

Aparecióse ante ellos, toda armada
De punta en blanco; y con solemne porte
Pasó á su lado lenta y majestuosa.
Tres veces por delante de sus fijos,
Por el terror desencajados ojos,
Altivo caminó, como á distancia
De su baston de mando, mientras ellos,
De miedo casi en hielo convertidos,
Quedaron mudos sin osar hablarle.
Me lo contaron con misterio horrendo:
Velé con ellos la tercera noche;
Y cual me habian dicho, á la hora misma,
En forma igual, cumpliendo cada aserto,
Salió la sombra. Conocí á tu padre;
No son más semejantes estas manos.

HAM. ¿Mas dónde sucedió?

HOR. En la esplanada,
Donde de guardia estábamos, Alteza.

HAM. ¿Y no le hablaste?

HOR. Sí, señor, habléle;
Mas nada respondió. No obstante, pienso
Que irguí una vez la frente y se dispuso,
Al parecer, á usar de la palabra,
Cuando cantó de pronto agudo el gallo;
A cuya voz huyó, y de nuestra vista
Raudo desapareció.

HAM. ¿Qué extraño lance!

HOR. Pues es tan cierto como te hablo, Alteza.
Creimos que el deber nos obligaba
A darte cuenta de ello.

HAM. A fe, señores,

A fe que desazon me va causando.

¿Estáis de guardia hoy?

MAR. y BERN. Sí tal, Alteza.

HAM. ¿Armado, no decís?

MAR. y BERN. Armado, Alteza.

HAM. ¿De todas armas?

MAR. y BERN. Sí, de punta en blanco.

HAM. ¿No visteis, pues, su rostro?

HOR. Cierto, Alteza,

Llevaba la visera levantada.

HAM. ¿Y qué? ¿miraba con ceñuda frente?

HOR. Con gesto de dolor más que de enfado.

HAM. ¿Pálido ó rojo?

HOR. Pálido en extremo.

HAM. ¿Clavó la vista en tí?

HOR. Muy fijamente.

HAM. ¿Quién estuviera allí!

HOR. Te hubiera dado

Pavor el verle.

HAM. Es fácil, sí, muy fácil.

¿Quedóse mucho rato?

HOR. El suficiente

Para contar, no muy de prisa, ciento.

MAR. y BERN. Más, más.

HOR. No cuando yo le vi.

HAM. ¿Tenia

La barba blanca? ¿no?

HOR. Cual se le ha visto

Cuando vivia; un negro plateado.

HAM. Guardia esta noche haré; tal vez podria

Volver á aparecer.

HOR. Respondo de ello.

HAM. Si el aire toma de mi noble padre,

Le hablo, aunque el mismo infierno bostezara

Mandándome callar.—Os ruego á todos,

Si es que hasta aquí callasteis este lance,

Que lo guardéis secreto en vuestras almas;

Y en cuanto á lo que ocurra en esta noche,

Fíadlo al pensamiento, no á la lengua.

Tendré el favor en cuenta. Dios os guarde.

En la esplanada, pues, iré á buscaros

Entre once y doce.

Todos. A la órden tuya, Alteza.

HAM. Guardadme amor, y no dudeis del mio.

Adios. (Váanse todos ménos Hamlet.)

¿La sombra de mi padre en armas?
 Todo no marcha bien; maldad recelo.
 ¡Oh, fuera ya de noche! Miéntas llegue,
 Alma, sosiega.—El crimen nauseabundo
 Saldrá á la luz aunque le encubra un mundo.
 (Vase.)

ESCENA III.

Una sala de la casa de Polonio.

Salen LAERTES y OFELIA.

LAER. A bordo están mis trastos. Dios te guarde.
 Y, hermana, habiendo viento bonancible
 Y medios de transporte, no te duermas:
 Mándame nuevas tuyas.

OFEL. ¿Y aún lo dudas?

LAER. En cuanto á Hamlet y su amor voluble,
 Ténlo por moda ó dije de la sangre;
 Cual viola en el abril de la existencia,
 Precoz, no estable, dulce, no constante;
 Perfume y refrigerio de un minuto,
 No más.

OFEL. ¿Qué, nada más?

LAER. No en más lo estimes.

Porque natura, al desplegar sus fuerzas,
 No crece sólo en nervios y en tamaño,
 Sino á medida que este templo cunde,
 El culto interno de la mente y alma
 Tambien se extiende. Acaso te ama ahora;
 Maldad y engaño la virtud no enturbian
 De su albedrío aún. Empero, teme:
 Con rango tal, no es suyo su albedrío;
 El mismo está sujeto á su alto origen;
 No puede obrar cual la menuda gente,
 A su sabor: de su eleccion depende
 El bien y la salud del reino todo.

Por tanto, su eleccion está sujeta
 Al voto y al aplauso de ese cuerpo
 Cuya cabeza él es. Si amor te brinda,
 Importa á tu cordura creerle sólo
 En cuanto su derecho y régio estado
 Permitan que dé efecto á su palabra,
 Que no va más allá de donde llega
 Unánime la voz de Dinamarca (1).
 Piensa lo que tu honor perder pudiere,
 Si oido incauto á sus requiebros prestatas,
 Pierdes el corazon y abres tu casto
 Tesoro á su importuno y loco asedio.
 ¡Témelo, Ofelia! ¡Témelo, alma hermana!
 Y á retaguardia de tu afecto queda,
 Fuera del tiro y riesgo del deseo.
 Pródiga es la doncella más esquiva,
 Si enseña sus hechizos á la luna.
 Ni aún la virtud se libra de los tiros
 De la calumnia vil; rõe el gusano
 Los hijos de la blanda primavera,
 Tal vez aún antes que el capullo se abra;
 Y en el albor y líquido rocío
 De la alma juventud, las contagiosas
 Exhalaciones son más inminentes.
 Sé cauta, pues: el miedo da cautela:
 La juventud, á solas, se rebela.

OFEL. De tal leccion me servirá el sentido
 De alcaide al corazon. Mas, caro hermano,
 Cual predicante omiso no me enseñes,
 La árdua, espinosa senda de los cielos,
 Miéntas, cual fátuo y torpe libertino
 Pisas la senda del placer florida,
 Hollando tus consejos.

LAER. Nada temas.
 Ya tardo mucho; mas mi padre viene.

(1) En la época á que se refiere el autor, era electiva la monarquía en Dinamarca.

Sale POLONIO.

A doble bendicion, ventura doble:
 Sonrie el hado á nueva despedida.
 Pol. ¡Laërtes, aún aqui? ¡A bordo, á bordo!
 Sacude el viento el hombro de tu vela;
 Te esperan ya. Mi bendicion te valga:
 (Le bendice.)

Y graba en tu memoria estos preceptos.
 No des al pensamiento libre lengua,
 Ni efecto al pensamiento inconveniente.
 Afable sé, vulgar en modo alguno.
 Al fiel amigo de lealtad probada
 Con férreo gárñio al corazon estrecha;
 Mas no encallezcas liberal tu mano
 Agasajando á todo compañero
 Recien nidado. Guárdate prudente
 De no trabar pendencia; mas trabada,
 Haz que de ti se guarde tu contrario.
 A todos presta oido, á pocos lengua.
 De todos toma parecer; mas cauto
 Reserva tu opinion. Tu traje sea
 Costoso cual tu bolsa lo permita,
 Mas no chocante; rico, no ostentoso,
 Pues harta vez publica el traje al hombre;
 Y los de rango y noble cuna en Francia
 Tienen en esto gusto muy selecto.
 No prestes, ni jamás prestado pidas;
 Pues el prestar es causa muchas veces
 De que se pierdan préstamo y amigo.
 Pedir prestado embota el buen gobierno.
 Sé fiel contigo mismo, sobre todo;
 Y seguiráse cual la noche al dia,
 Que no podrás ser falso con ninguno.
 Adios, mi bendicion en ti lo inculque.
 LAER. Humildemente, padre, me despido.
 Pol. Te llama la hora; esperan tus criados.
 LAER. ¡Ofelia, adios! no olvides mi consejo.

OFEL. Aquí cerrada en mi memoria queda:
 De ella tú mismo guardarás la llave.

LAER. Adios. (Vase.)

Pol. Ofelia, ¿qué consejo es ese?

OFEL. Algo tocante á Hamlet, padre mio.

Pol. ¡Ah! bien pensado; pues segun me dicen

Suele gastar contigo muchos ratos

En plática secreta; y tú te muestras

Muy franca y liberal en darle audiencia.

Si fuere así, y así me lo contaron

A guisa de advertencia, he de decirte

Que tan claro á ti misma no te entiendes,

Cual cumple á mi hija, y á tu honor conviene.

Dí la verdad: ¿qué pasa entre vosotros?

OFEL. De breve tiempo acá, señor, me ha hecho

Ofertas mil de aprecio y de cariño.

Pol. ¡Cariño! ¡bah! discurre como niña

En tan agudos lances nada experta.

¿Y crees en sus ofertas, cual las llamas?

OFEL. Padre, no sé qué he de pensar.

Pol. ¡Escucha!

Te lo diré: pues piensa que eres boba,

Y tomas por vellon ofertas tales

Que á fe, no son de ley. Ten más cautela

O (por no atormentar hasta la muerte

Tan pobre frase) empañarás tu fama.

OFEL. Señor, me ha importunado con su afecto

Con modos honestisimos.

Pol. Sí, modos,

O moda, todo es uno. ¡Calla, calla!

OFEL. Y me ha abonado sus palabras siempre

Con casi todos los más santos votos.

Pol. Sí, trampas para chochas. Ya sabemos

Cuán pródiga á la lengua votos presta

Cuando la sangre bulle, loca el alma

Hija, esas llamaradas que difunden

Más lumbre que calor, y que se extinguen

En su fulgor al proferir su oferta,

No has de tomar por fuego. En adelante,
 Más parca sé con tu presencia virgen;
 Y estima tus favores y atractivos
 En más que una llamada á parlamento.
 Por lo que toca á Hamlet, hazte cargo
 Que es mozo, y no le ligan tantas trabas
 Como requieres tú. En suma, Ofelia,
 No creas en sus votos; son terceros,
 No del matiz que ostentan en sus trajes,
 Sino abogados de perversas causas,
 Que hipócritas exhalan santos votos
 Para engañar mejor. En fin, no quiero
 Que en adelante, hablando con franqueza,
 Un sólo instante de vagar derroches
 Charlando en vanas pláticas con Hamlet.
 Te encargo que no lo echés en olvido.
 Vé á tus quehaceres.

OFEL. Padre, te obedezco. (Váase.)

ESCENA IV.

La esplanada.

Salen HAMLET, HORACIO y MARCELO.

HAM. Corta sutil el aire: es crudo el frío.

HOR. Áspero sopla el viento, y cómo pica.

HAM. ¿Qué hora será?

HOR. Las doce cerca, creo.

HAM. No, han dado ya.

HOR. ¿De veras? No lo he oído;

Se acerca la hora, pues, en que el fantasma

Su ronda suele hacer.

(Toque de trompas y disparos dentro.)

¿Señor, qué es eso?

HAM. Huelga esta noche el rey, y hay borrachera,

Y se revuelca el fanfarron ruidoso:

Y á cada trago de áureo Rhin que apura,

Pregonan roncós trompas y atabales
 El triunfo de su brindis.

HOR. ¿Es costumbre?

HAM. Sí tal; cuya infracción, á juicio mío,
 Aunque he nacido y me he criado en ella,
 Nos honraria más que su observancia.
 Este beber sin tino nos expone
 De Ocaso á Oriente á universal censura:
 Las gentes nos motejan de oorrachos,
 Y súcio apodo á nuestros nombres cuelgan.
 Y á fe que quita á nuestros altos hechos,
 Por inclitos que sean, brillo y fama,
 La nata y flor del mérito. A menudo
 Tal acontece al individuo aislado;
 Ya por defecto natural, ó vicio,
 Tal vez de nacimiento (en que inocente
 De toda culpa está, pues la natura
 Su origen nunca elige), ó por exceso
 De vida y de vigor, que muchas veces
 Rompe de la razon diques y vallas,
 O alguna maña que aja en demasia
 Las cultas formas del ameno trato;
 A tales hombres, porque llevan, digo,
 En sí la estampa de un defecto sólo,
 (Divisa de natura ó don de estrella)
 Aun cuando fueren sus virtudes puras
 Como la gracia celestial, tan grandes,
 Tan infinitas como en alma humana
 Puedan caber, en la comun censura
 De su valer, inficionara á todas
 Aquella falta sola, y rebajara
 Al ínfimo nivel de su torpeza
 El átomo de vicio á aquel conjunto
 De noble perfeccion.

HOR. ¡Mirad, ya viene!

Sale la SOMBRA.

HAM. ¡Ángeles, nuncios de bondad, valednos!
Seas vision de paz ó duende inmundo,
Traigas contigo celestiales áuras,
O del infierno ráfagas infectas;
Sea tu intento pérfido ó benigno,
En forma tan augusta me apareces,
Que hablarte quiero. Lllamaréte Hamlet,
Rey, padre, gran Danés; ¡contesta, oh, habla!
No dejes que ignorante estalle el pecho;
Mas dí: ¿por qué tus restos venerables,
Guardados por la muerte, reventaron
Su lienzo sepulcral; por qué la tumba,
Dónde te vimos en quietud sepulto,
Su boca abrió de ponderoso mármol
Para arrojarte así? ¿Qué significa
Volver tú en pleno arnés, cadáver muerto,
A visitar los rayos de la luna,
A desformar la noche? ¿Qué el turbarnos
Nosotros, irrisión de la natura,
Llenos de espanto tal, con pensamientos
Que á comprender no alcanzan nuestras almas?
¿Qué es esto, dí? ¿qué exigis de nosotros?

(La sombra hace señas á Hamlet.)

HOR. Hace ademán de que con él te alejes,
Cual si quisiera platicar contigo
A solas.

MAR. Mira con qué urbano modo
Te convida á un lugar más retirado:
Mas no te irás con él.

HOR. De modo alguno.

HAM. No quiere hablar; pues seguiréle entónces.

HOR. No tal, señor.

HAM. ¿Qué hay que temer en eso?
Ni en un comino aprecio yo mi vida:
Y en cuanto al alma, ¿qué pudiera hacerle,
Siendo como él una inmortal esencia?

A hacerme señas vuelve; yo le sigo.
HOR. ¿Y si te arrastra, Alteza, hácia el torrente,
O á la tremenda cima del peñasco
Que al mar se encorva encima de su base,
Y asume allí más hórrida figura,
Que de razon, Alteza, te privara,
Y te volviera loco? Piensa en ello;
El sitio mismo inspira horror de suyo,
Sin otra causa, y llena de extravíos
Desesperados á cualquier cerebro
Que el mar contempla desde tal altura,
Y oye cual ruge abajo.

HAM. Aún me hace señas.
Pues vé, te sigo.

MAR. Nunca, Alteza.

HAM. ¡Quita!

HOR. Prudencia ten. No irás.

HAM. Mi sino llama;

Y cada arteria de mi cuerpo vuelve
Duro cual nervio del león nemeo.
Me llama sin cesar; soltad, hidalgos.
¡Fantasma haré del que estorbarme intente!
¡En marcha, pues! Delante vé; te sigo.
(Váanse la sombra y Hamlet.)

HOR. Le vuelve la aprension desesperado.

MAR. Sigámosle; no es justo obedecerle.

HOR. Te sigo.—¿En qué vendrá á parar todo esto?

MAR. Algo hay podrido en el Danés Estado.

HOR. Dios lo encaminará.

MAR. Sus huellas sigue.
(Váanse.)

ESCENA V.

Otra parte de la esplanada.

Salen la SOMBRA y HAMLET.

HAM. ¿Dónde me llevas, di? De aquí no paso.

SOM. Escucha.

HAM. Escucho.

SOM. La hora ya se acerca

En que á las crudas, sulforosas llamas

Me he de entregar de nuevo.

HAM. ¡Ay, triste sombra!

SOM. No, no te apiades; presta atento oído

A cuanto revelare.

HAM. Habla, te escucho;

Oírte es mi deber.

SOM. Tomar venganza

Será, despues de oírme.

HAM. ¿Qué?

SOM. La sombra

Soy de tu muerto padre, condenada

Por cierto plazo á andar de noche errante,

Y en ígnea llama á padecer de día,

Hasta purgar los crímenes y errores

Que en vida cometí. No me estuviera

Vedado el revelarte los secretos

De mi prisión, y un cuento te contara

Cuya menor palabra redujera

A polvo tu alma; helara en ti la sangre;

Lanzarse de sus órbitas haria

Tus ojos como estrellas; dividirse

Tus enroscades rizos, y erizarse

Cada distinto pelo coma pua

En puercoespín rabioso. Tal relato

No es para oídos, no, de carne y nervio.

¡Escucha, pues, oh, atiende! Si quisiste

Alguna vez á tu benigno padre...

HAM. ¡Oh Dios!

SOM. Venganza toma de su alevé

Cruel asesinato.

HAM. ¡Asesinato!

SOM. Cobarde y vil, cual lo es áun disculpable;

Pero este fué inaudito, fué alevoso,

Contra la misma ley de la natura.

HAM. Dimelo al punto, y deja que con alas

Raudas cual la oracion, ó el pensamiento

De pecho amante, á mi venganza vuele.

SOM. Dispuesto te hallo; y menester seria

Que lardo fueras más que yerba crasa

Que en paz arraiga en la letal orilla,

Si esto no te moviese. Escucha ahora:

Corre la voz que en mi jardín dormido

Un áspid me picó; y así se abusa

Vilmente de la fe de Dinamarca,

Dando mentida cuenta de mi muerte.

Mas sabe, oh noble jóven, que ese áspid

Que hirió la vida de tu padre, ahora

Su cetro empuña.

HAM. ¡Oh mi profética alma!

¡Mi tío?

SOM. Aquel adúltero incestuoso,

Con el hechizo de su astuto ingenio,

Con falsos dones—¡ay! ¡ingenio inicuo,

Pérfidos dones, cuya fuerza alcanza

A seducir así!—rindió á su torpe

Sensual deseo el gusto y albedrio

De mi consorte, al parecer tan casta.

¡Ay! ¡Hamlet, que villana apostasia!

¡Dejarme á mí, cuya pasión, tan firme.

Corrió parejas siempre con el voto

Que la hice ante el altar, y rebajarse

A un hombre vil, en naturales dotes

Tan pobre y ruin, conmigo comparado!

¡Mas ay! así cual la virtud no falta,

Por más que la lujuria la corteje
 En forma celestial, la vil lujuria,
 Unida á un ángel de beldad radiante,
 En lecho celestial sintiendo hastio,
 Se cebará en basura! Pero ¡calla!
 Creo husmear del alba el fresco aliento:
 Seamos breve. En mi jardin dormido
 (Fué mi costumbre siempre por la tarde)
 Tu tio me acecha en mi tranquila siesta,
 Con zumo de beleño maldecido
 Que en una ampolla lleva, y por la entrada
 Vierte en mi oido el tósigo leproso,
 Cuya eficacia enemistad tan cruda
 Tiene á la sangre humana declarada,
 Que rauda cual azogue se introduce
 Por las puertas y acequias naturales
 Del cuerpo, y con vigor tan repentino,
 Cual galio en leche á gotas escanciado,
 Corta y cuaja la acuosa y limpia sangre.
 Tal hizo con la mia; y de repente,
 Cual Lázaro, cubierto de asquerosa
 Hedionda caspa vi mi tersa carne.
 Así, durmiendo, por mi hermano crudo
 De vida, cetro, y reina fui privado;
 Muerto en la misma flor de mis pecados,
 Sin confesion, sin óleos, sin ayuda,
 Mi cuenta sin hacer, mandado á juicio
 Con todos mis pecados sobre el alma.
 ¡Oh, horrible! ¡horrible! ¡por demas horrible!
 Si hay compasion en tí, jamás lo sufras;
 ¡Ah, no permitas, no, que se convierta
 El tálamo réal de Dinamarca
 En nido de lujuria y torpe incesto!
 Pero cualquiera el derrotero fuere
 Que sigas para el logro de este acto,
 Tu honor no manches; nada frague tu alma
 Contra tu madre, no: déjala al cielo,
 Y á los abrojos que en su pecho anidan

Para punzar y herirla. ¡Adios! la vuelta
 Del alba la luciérnaga me anuncia,
 Y se amortigua ya su inútil fuego.
 ¡Adios! ¡Adios! ¡ay Hamlet, no me olvides!

(Váase.)

HAM. ¡Oh de los cielos hueste eterna! ¡oh tierra!
 ¡Qué más? ¡te he de nombrar tambien, oh in-
 fierno!

¡Oh oprobio! ¡Tente, corazon! ¡oh, tente!
 Y nervios ¡ay! no caduqueis de pronto;
 Mas sostenedme firme. ¡No te olvide!
 Sombra, jamás, mientras memoria more
 En el revuelto globo. ¡No te olvide!
 De la hoja borraré de mi memoria
 Todo trivial recuerdo, adagio ó imágen,
 Toda impresion pasada que trazaron
 Observacion y juventud en ella,
 Y tu mandato vivirá tan sólo
 Dentro del libro y tomo de mi seso,
 Nunca mezclada con más vil materia.
 ¡Sí, vive Dios! ¡Oh sierpe pernicioso!
 ¡Oh pérfido! ¡Oh risueño y vil bellaco!
 Mis hojas... bien merece que lo apunte;
 Que uno puede reirse, y sonreirse,
 Y ser un vil: seguro estoy al menos
 Que puede suceder en Dinamarca. (Escribe.)
 Aquí estás, tio. ¡A mi consigna ahora!
 Ella es «¡Adios, adios, y no me olvides!»
 Ya lo he jurado.

MAR. y HOR. (Dentro.) ¡Alteza! ¡Alteza!

MAR. (Dentro.) ¡Hamlet!

HOR. (Dentro.) ¡El cielo le proteja!

HAM. ¡Amén!

HOR. (Dentro.) ¡Eh! ¡Hola!

¡Hola, señor!

HAM. ¡Eh! ¡Hola, ven, tordito!

Salen HORACIO y MARCELO.

- MAR. ¿Qué tal, señor?
 HOR. Alteza, ¿qué hay? ¿qué ocurre?
 HAM. ¡Oh maravilla!
 HOR. Cuenta todo, Alteza.
 HAM. Nó, lo revelareis.
 HOR. No tal, lo juro
 Por Dios, señor.
 MAR. Y yo también, Alteza.
 HAM. ¿Pues qué decis? ¿Creyéralo alma humana?
 ¿Mas callareis?
 MAR. y HOR. Por el Eterno, Alteza.
 HAM. No hay un bellaco en Dinamarca toda
 Que un redomado picaro no sea.
 HOR. Para eso, Alteza, no hace falta, creo,
 Que salga sombra alguna de su huesa.
 HAM. Tienes razon; estás, á fe, en lo justo.
 Y así, sin más ambajes, me parece
 Que nos demos las manos, y partamos;
 Vosotros donde os llame oficio ó gusto;
 Pues cada cual su oficio y gusto tiene,
 Sea cual fuere; y por mi humilde parte,
 Mirad, me iré á rezar.
 HOR. Estas, Alteza,
 Son nada más que locas frases, viento.
 HAM. Pues siento que te ofendan, en el alma;
 Sí, á fe, en el alma.
 HOR. No hay ofensa, Alteza.
 HAM. Por San Patricio, si que la hay, Horacio,
 Y mucha. En cuanto á la vision que vimos,
 Dejad que os diga que es un duende honesto.
 En cuanto á averiguar qué hubo entre ambos,
 Arréglate cual puedas. Y ahora, amigos,
 Como tales, soldados y estudiantes,
 Hacedme una merced.
 HOR. ¿Cuál es? Por hecha.
 HAM. No revelar lo que esta noche visteis:

- Nunca.
 HOR. y MAR. Jamás, señor.
 HAM. Juradlo.
 HOR. Juro
 Que nunca, Alteza.
 MAR. Y yo, señor, por mi honra.
 HAM. Sobre mi espada.
 MAR. Alteza, ya juramos.
 HAM. Aquí, sobre mi espada, digo.
 SOM. (Debajo tierra.) Jura.
 HAM. ¿Eso dices? ¿Estás allí, buen hombre?
 Venid—ya oís al otro en la bodega—
 Prestad el voto.
 HOR. Príncipe, proponlo.
 HAM. No hablar jamás de lo que visteis. ¡Nunca!
 Jurad sobre esta espada, si.
 SOM. (Debajo tierra.) Juradlo.
 HAM. *¡Hic et ubique?* De lugar mudemos.
 Venid, hidalgos, y poned las diestras
 Sobre mi espada: nunca hablar de aquello
 Que visteis, si; jurad por esta espada.
 SOM. (Debajo.) Jurad.
 HAM. ¡Bien, topo! ¡Escarbas tan de prisa!
 ¡Bravo minero! Más allá, señores.
 HOR. ¡Por cielo y tierra que es extraño el lance!
 HAM. Pues como á extraño dale bienvenida.
 Más cosas hay en cielo y tierra, Horacio,
 De lo que sueña tu filosofía.
 Pero venid. Jurad aquí, como ántes,
 Que nunca, así de Dios la gracia os valga,
 Por raro y por extraño que me porte,
 (Pues podrá ser que luego halle prudente
 Mostrarme acaso de indole grotesca)
 Que nunca al verme en tales ratos, nunca,
 Dareis señal, cruzando así los brazos,
 Moviendo la cabeza, ó pronunciando
 Frases dudosas, como: «Ya sabemos»...
 «Pudiera, si quisiese»... ó «Si yo hablase»...

O bien: «Los hay que si pudieren»... y otras
 Ambigüedades tales, denotando
 Que algo sabeis de mí; no hacerlo nunca,
 Así os ayude el cielo en todo apuro,
 Jurad.

SOM. (Debajo tierra.) Jurad.

HAM. Paz, paz, inquieta sombra.
 (Juran Horacio y Marcelo.)

Bien, caballeros, mi amistad os brindo;
 Y lo que pueda hacer hombre tan pobre
 Como Hamlet, para demostrar su afecto,
 Mediante Dios, no faltará. Partamos.
 Anda lujado el mando. ¡Oh pérfido hado!
 Que á reducirlo á mí me has destinado.
 Venid, hidalgos; nos iremos juntos. (Vánse.)
